

el juez es el hombre ante el gusano. Pues que esta justicia que mancilla la dignidad del hombre, es justicia de gusanos. Es el gusano contra la luz. ¡Parece llegada la hora allá, por haber descomposición, de que proclamen su reinado los gusanos!

Mas del dolor de tal realidad consuela Carducci, cuando en *Odi Barbare* tiende la lira, como un trofeo, hacia la aurora. El poeta le pide a la aurora, de juventud eterna, que lo lleve en su corcel de llamas. Ya vendrá la aurora—*pastorella del cielo*—a besar la frente del viejo deportado, y podrán

alzarse millares y millares de espadas, que no igualarán sus fulgores. La frente del viejo rebelde será el símbolo de la hora trágica. La aurora sobre la frente del pensador, fué siempre el signo de que allí pasó Dios su visión de los destinos.

Mientras tanto, hay que resignarse a que el barbero y el cura, quemem los libros de don Miguel de Unamuno.

OMAR DENGÓ

Al Sr. don J. García Monge

San José.

Dos artículos recientes de Don Miguel de Unamuno Santa Sofía

Los griegos, los griegos que ahora, hartos de Aquiles y Agamenones aristofanescos, bufos, parece que tratan de llamar a su Ulises redivivo, al cretense Venizelos, el arconte civil que supo guiarles con el seso, los griegos habían levantado en Constantinopla un templo a Santa Sofía, *Hagia Sofia*, la Santa Sabiduría. Y esta Santa Sofía, la del culto helénico por excelencia, era el Espíritu Santo; sólo que el Espíritu Santo femenino. Y el Hijo, por su parte, el Redentor, era el Logos, el Verbo, la Razón. Por dondequiera, el culto helénico cristiano a la Inteligencia.

Aquel pueblo admirable que forjó para siempre la teología cristiana—en griego hablan los Evangelios y en griego teologizó San Pablo y en griego se fraguó el símbolo de Nicea—rindió siempre su más fervoroso culto a Santa Sofía, a la Santa Sabiduría, al Sagrado Seso. Sabía que fuera del conocimiento, que fuera de la inteligencia, no hay salvación. El culto a lo instintivo, a lo visceral, a lo inconsciente, el culto a la ignorancia misma, no era cosa de aquellos hombres, los más hombres, los más específicamente humanos que haya dado la Tierra. Ya Aristóteles les enseñó que el hombre es un animal civil—político—o sea racional. Porque incivil es lo mismo que irracional. Y el irracional no tiene voluntad.

La voluntad, en efecto, y no nos cansamos de repetirlo—sobre todo ahora—o es racional, inteligente, o no es voluntad. Eso otro que algunos toman por voluntad es lo que en español llamamos *gana*. ¡Castizo vocablo! Terriblemente castizo, brutalmente castizo. O si se quiere, castizamente

brutal. «¡No me da la Santísima Gana!» ¡A qué dignidad hemos elevado la Gana! Santísima, nada menos que santísima; ¡así, en superlativo! Los griegos se contentaron con hacer santa, *hagia*, a la Sabiduría; no le llamaron santísima, *hagiola*. Para nosotros, la Gana tiene una dignidad más alta que para ellos la Sabiduría, el Espíritu Santo. Verdad es que la Gana enardece o enciende, pero no ilumina. La gana sale... de donde salga, y enardece e inflama el corazón y le da coraje—corazón y coraje parecen hermanas—, pero no alumbrar al seso.

¡El Sagrado Seso! El Sagrado Seso es lo que corresponde a Santa Sofía, el Sagrado Seso es el órgano del Verbo, de la Razón. El verbo sale del seso, y del verbo la acción, la verdadera acción, la acción clarividente, que no el gesto de la irracional obediencia pasiva, de la obediencia visceral.

Desconfiemos de un hombre de quien se nos diga que es un hombre de corazón. La experiencia nos ha enseñado que cuando se topa con un hombre de corazón, lo mejor es torcer

la vereda y soslayarlo. Su corazón no suele ser aquel del que decía Pascal que tiene sus razones. El corazón de los hombres de corazón no suele tener razones; es un músculo, una bomba aspirante e impelente, que no suele tener más que sangre. Y la sangre no es razón; ni la voz de la sangre—, ¡terrible cosa!—, es voz de razón.

Los médicos dicen, además, que un cardiopato es casi siempre un neuropata, o sea que un hombre de corazón por antonomasia es un loco. Pero no al modo de Don Quijote, no. No hay que creer en el quijotismo de los cardíacos. Don Quijote era un loco sublime; pero no un epiléptico, ni siquiera un histérico.

¡El Sagrado Seso! ¡Santa Sofía! Sólo el Sagrado Seso y Santa Sofía pueden curarnos del terrible doble cáncer que nos está devorando, y es en lo corporal la avariosis y en lo espiritual la envidia. Ese terrible cáncer de la envidia inquisitorial española, de esa envidia que engendró aquella tradicional y castiza constitución interna que D. Marcelino llamó la «democracia frailuna» española. Hay que repasar los procesos del Santo Oficio de la Inquisición para sondear todo el pozo cenagoso de la trágica envidia española ¿Amor a la justicia? ¡Ni por pienso! Jamás se les persiguió a los herejes por amor a la justicia. Porque la justicia consiste en dar a cada uno lo suyo, y aquellos cazurros corajudos de la santísima gana y de la obediencia pasiva y del ipalo y tente tieso! no podían dar al inteligente lo suyo, que es la inteligencia. Les molestaba que a otro se le ocurriera lo que a ellos no.

¡El cáncer, el cáncer, el terrible doble cáncer! La gana en sus dos aspectos.

Santa Sofía, líbranos de la Gana, ¡de la Santísima Gana! Sagrado Seso, líbranos del coraje irracional! ¡Y líbranos, sobre todo, Santa Sofía, Espíritu Santo, de los nuevos tópicos, mucho más tópicos que los antiguos, de los turbios tópicos que engendra el doble cáncer. ¡Santa Sofía, danos libertad, que es justicia!

(Nuevo Mundo, Madrid).

La estrella y la ola

LEYENDO un ensayo de Mr. Cyril Bailey, del Balliol College, de Oxford, sobre la religión y la filosofía romanas, tropezamos con este pasaje: «El romano no era naturalmente un filósofo. En los primeros días de su historia Roma estaba, sin duda, demasiado comprometida en la tarea práctica de asegurar su posición contra sus rivales para tener mucho tiem-

po de reflexionar; pero las verdaderas causas son más hondas que circunstancias externas. El romano era un hombre de acción y de negocios: podía pensar profundamente el próximo paso, pero no se preguntó a menudo respecto al fin último o a la naturaleza que le rodeaba». Pasaje en que Mr. Bailey nos da una versión del hombre de acción presentándonoslo como el